

venidos della á estas partes, saltando en la costa, como no saben la ponzoña que es, las comen. Yo conocia un Juan Agraz (que agora le vi en la ciudad de San Francisco del Quito), que es de los que vinieron de Cartagena con Vadillo, que cuando vino de España y salió del navío en la costa de Santa Marta comió diez ó doce destas manzanas, y le oí jurar que en el olor, color y sabor no podian ser mejores, salvo que tienen una leche que debe ser la maletía tan mala que se convierte en ponzoña; después que las hubo comido pensó reventar, y si no fuera socorrido con aceite, ciertamente muriera. Otras yerbas y raíces tambien le echan á esta yerba; y cuando la quieren hacer aderezan mucha lumbre en un llano desviado de sus casas ó aposentos, poniendo unas ollas; buscan alguna esclava ó india que ellos tengan en poco, y aquella india la cuece y pone en la perficion que ha de tener, y del olor y baho que echa de sí muere aquella persona que la hace, segun yo oí.

CAPITULO VIII.

En que se declaran otras costumbres de los indios sujetos á la ciudad de Uraba.

Con aquesta yerba tan mala como he contado untan los indios las puntas de sus flechas, y están tan diestros en el tirar, y son tan certeros y tiran con tanta fuerza, que ha acaescido muchas veces pasar las armas y caballo de una parte á otra, ó al caballero que va encima, si no son demasiadamente las armas buenas y tienen mucho algodón; porque en aquella tierra, por su aspereza y humedad, no son buenas las cotas ni corazas, ni aprovechan nada para la guerra destes indios, que pelean con flechas. Mas, con todas sus mañas, y con ser tan mala la tierra, los han conquistado y muchas veces saqueado soldados de á pié, dándoles grandes alcances, sin llevar otra cosa que una espada y una rodela. Y diez ó doce españoles que se hallan juntos acometen á ciento y á docientos dellos. No tienen casa ni templo de adoracion alguna, ni hasta agora se les ha hallado mas de que ciertamente hablan con el diablo los que para ello señalan, y le hacen la honra que pueden, teniéndolo en gran veneracion; el cual se les aparece (segun yo he oído á algunos dellos) en visiones espantables y terribles, que les pone su vista gran temor. No tienen mucha razon para conocer las cosas de naturaleza. Los hijos heredan á los padres, siendo habidos en la principal mujer. Cásanse con hijas de sus hermanos, y los señores tienen muchas mujeres. Cuando se muere el señor, todos sus criados y amigos se juntan en su casa de noche, con las tinieblas della, sin tener lumbre ninguna; teniendo gran cantidad de vino hecho de su maíz, beben, llorando el muerto; y después que han hecho sus cerimonias y hechicerías, lo meten en la sepultura, enterrando con el cuerpo sus armas y tesoro, y mucha comida y cántaros de su chicha ó vino, y algunas mujeres vivas. El demonio les hace entender que allá donde van han de tornar á vivir en otro reino que les tiene aparejado, y que para el camino les conviene llevar el mantenimiento que digo, como si el infierno estuviese lejos. Esta ciudad de San Sebastian fundó y pobló Alonso de Heredia, hermano del adelantado don Pedro de Heredia gobernador por

su majestad de la provincia de Cartagena, como ya dije.

CAPITULO IX.

Del camino que hay entre la ciudad de San Sebastian y la ciudad de Antiocha, y las sierras, montañas y rios y otras cosas que allí hay; y cómo y en qué tiempo se puede andar.

Yo me hallé en esta ciudad de San Sebastian de Buena-Vista el año de 1536, y por el de 37 salió della el licenciado Juan de Vadillo, juez de residencia y gobernador que en aquel tiempo era de Cartagena, con una de las mejores armadas que han salido de la Tierra-Firme, segun que tengo escrito en la cuarta parte desta historia. Y fuimos nosotros los primeros españoles que abrimos camino del mar del Norte al del Sur. Y deste pueblo de Uraba hasta la villa de Plata, que son los fines del Perú, anduve yo, y me apartaba por todas partes á ver las provincias que mas podia, para poder entender y notar lo que en ellas habia. Por tanto, de aquí adelante diré lo que vi y se me ofrece, sin querer engrandecer ni quitar cosa de lo que soy obligado; y desto los lectores reciban mi voluntad. Digo pues que saliendo de la ciudad de San Sebastian de Buena-Vista, que es el puerto que dicen de Uraba, para ir á la ciudad de Antiocha, que es la primera poblacion y la última del Perú á la parte del norte, van por la costa cinco leguas hasta llegar á un pequeño rio que se llama Rio-Verde, del cual á la ciudad de Antiocha hay cuarenta y ocho leguas. Todo lo que hay desde este rio hasta unas montañas de que luego haré mencion, que se llaman de Abibe, es llano, pero lleno de muchos montes y muy espesas arboledas y de muchos rios. La tierra es despoblada junto al camino, por haberse los naturales retirado á otras partes desviadas dél. Todo lo mas del camino se anda por rios, por no haber otros caminos, por la grande espesura de la tierra. Para poderla caminar, y pasar seguramente las sierras sin riesgo, han de caminarlo por enero, hebrero, marzo y abril; pasados estos meses, hay grandes aguas y los rios van crecidos y furiosos; y aunque se puede caminar, es con gran trabajo y mayor peligro. En todo tiempo los que han de ir por este camino han de llevar buenas guías que sepan atinar á salir por los rios. En todos estos montes hay grandes manadas de los puercos que he dicho; en tanta cantidad, que hay atajo de mas de mil juntos, con sus lechoncillos, y llevan gran ruido por do quiera que pasan. Quien por allí caminaré con buenos perros no le faltará de comer. Hay grandes dantas, muchos leones y osos crecidos, y mayores tigres. En los árboles andan de los mas lindos y pintados gatos que puede ser en el mundo, y otros monos tan grandes, que hacen tal ruido, que desde lejos los que son nuevos en la tierra piensan que es de puercos. Cuando los españoles pasan debajo de los árboles por donde los monos andan, quiebran ramos de los árboles y les dan con ellos, cocándoles y haciendo otros visajes. Los rios llevan tanto pescado, que con cualquiera red se tomara gran cantidad. Viendo de la ciudad de Antiocha á Cartagena, cuando la poblamos, el capitán Jorge Robledo y otros, hallábamos tanto pescado, que con palos matábamos lo que queríamos. Por los árboles que están junto á los rios

hay una que se llama iguana, que parece serpiente; para apropiarla, remeda en gran manera á un lagarto de los de España, grande, salvo que tiene la cabeza mayor y mas fiera y la cola mas larga; pero en la color y parecer no es mas ni menos. Quitado el cuero y asadas ó guisadas, son tan buenas de comer como conejos, y para mí mas gustosas las hembras; tienen muchos huevos; de manera que ella es una buena comida, y quien no las conoce huiria dellas, y antes le pondria temor y espanto su vista que no deseo de comerla. No sé determinar si es carne ó pescado, ni ninguno lo acaba de entender; porque vemos que se echa de los árboles al agua y se halla bien en ella, y tambien la tierra dentro, donde no hay rio, ninguna se halla. Hay otras que se llaman licoteas, que es tambien buen mantenimiento; son de manera de galápagos; hay muchos pavos, faisanes, papagayos de muchas maneras, y guacamayas, que son mayores, muy pintadas; asimismo se ven algunas águilas pequeñas y tórtolas, perdices, palomas y otras aves nocturnas y de rapaña. Hay, sin esto, por estos montes culebras muy grandes. Y quiero decir una cosa y contarla por cierta, aunque no la vi, pero sé haberse hallado presentes muchos hombres dignos de crédito; y es, que yendo por este camino el teniente Juan Greciano, por mandado del licenciado Santa Cruz, en busca del licenciado Juan de Vadillo, y llevando consigo ciertos españoles, entre los cuales iba un Manuel de Peralta y Pedro de Barros y Pedro Jimon, hallaron una culebra ó serpiente tan grande, que tenia de largo mas de veinte piés, y de muy grande anchor. Tenia la cabeza rosilla, los ojos verdes, sobresaltados; y como los vió, quiso encarrar para ellos, y el Pedro Jimon le dió tal lanzada, que haciendo grandes baseas, murió, y le hallaron en su vientre un venado chico, entero como estaba cuando lo comió; y oí decir que ciertos españoles, con la hambre que llevaban, comieron el venado y aun parte de la culebra. Hay otras culebras no tan grandes como esta, que hacen cuando andan un ruido que suena como cascabel. Estas si muerden á un hombre lo matan. Otras muchas serpientes y animalías fieras, dicen los indios naturales que hay por aquellas espesuras, que yo no pongo por no las haber visto. De los palmares de Uraba hay muchos, y de otras frutas campesinas.

CAPITULO X.

De la grandeza de las montañas de Abibe, y de la admirable y provechosa madera que en ella se cria.

Pasados estos llanos y montañas desuso dichas, se allega á las muy anchas y largas sierras que llaman de Abibe. Esta sierra prosigue su cordillera al occidente; corre por muchas y diversas provincias y partes otras que no hay poblado. De largura no se sabe cierto lo que tiene; de anchura, á partes tiene veinte leguas, y á partes mucho mas, y á cabos poco menos. Los caminos que los indios tenían, que atravesaban por estas bravas montañas (porque en muchas partes dellas hay poblado), eran tan malos y dificultosos, que los caballos no podían ni podrán andar por ellos. El capitán Francisco César, que fué el primero que atravesó por aquellas montañas, caminando hácia el nacimiento del sol, hasta que con gran trabajo dió en el valle del Cuaca, que está

pasada la sierra, que cierto son asperísimos los caminos, porque todo está lleno de malezas y arboledas; las raíces son tantas, que enredan los piés de los caballos y de los hombres. Lo mas alto de la sierra, que es una subida muy trabajosa y una abajada de mas peligro, cuando la bajamos con el licenciado Juan de Vadillo, por estar en lo mas della unas laderas muy derechas y malas, se hizo con gruesos horcones y palancas grandes y mucha tierra, una como pared, para que pudiesen pasar los caballos sin peligro; y aunque fué provechoso, no dejaron de despeñarse muchos caballos y hacerse pedazos, y aun españoles se quedaron tambien muertos, y otros estaban tan enfermos, que por no caminar con tanto trabajo se quedaban en las montañas, esperando la muerte con grande miseria, escondidos por la espesura, porque no los llevasen los que iban sanos si los vieran. Caballos vivos se quedaron tambien algunos que no pudieron pasar por ir flacos. Muchos negros se huyeron y otros se murieron. Ciertamente, mucho mal pasamos los que por allí anduvimos, pues íbamos con el trabajo que digo. Poblado no hay ninguno en lo alto de la sierra, y si lo hay, está apartado de aquel lugar por donde la atravesamos; porque en el anchor destas sierras por todas partes hay valles, y en estos valles gran número de indios, y muy ricos de oro. Los rios que abajan desta sierra ó cordillera hácia el poniente se tiene que en ellos hay mucha cantidad de oro. Todo lo mas del tiempo del año llueve; los árboles siempre están destilando agua de la que ha llovido. No hay yerba para los caballos, si no son unas palmas cortas que echan unas pencas largas. En lo interior deste árbol ó palma se crían unos palmitos pequeños de grande amargor. Yo me he visto en tanta necesidad y tan fatigado de la hambre, que los he comido. Y como siempre llueve, y los españoles y mas caminantes van mojados, ciertamente si les faltase lumbre creo morirían todos los mas. El dador de los bienes, que es Cristo, nuestro Dios y Señor, en todas partes muestra su poder y tiene por bien de nos hacer mercedes y darnos remedio para todos nuestros trabajos; y así, en estas montañas, aunque no hay falta de leña, toda está tan mojada, que el fuego que estuviere encendido apagará, cuanto mas dar lumbre. Y para suplir esta falta y necesidad que se pasaria en aquellas sierras, y aun en mucha parte de las Indias, hay unos árboles largos, delgados, que casi parecen fresnos, la madera de dentro blanca y muy enjuta; cortados estos, se enciende luego la lumbre y arde como tea, y no se apaga hasta que es consumida y gastada con el fuego. Enteramente nos dió la vida hallar esta madera. Adonde los indios están poblados tienen mucho bastimento y frutas, pescado y gran cantidad de mantas de algodón muy pintadas. Por aquí ya no hay de la mala yerba de Uraba; y no tienen estos indios montañeses otras armas sino lanzas de palma y dardos y macanas. Y por los rios (que no hay pocos) tienen hechas puentes de unos grandes y recios bejucos, que son como unas raíces largas que nacen entre los árboles, que son tan recios algunos dellos como cuerdas de cáñamo; juntando gran cantidad hacen una sogá ó maroma muy grande, la cual echan de una parte á otra del rio y la atan fuertemente á los árboles, que hay muchos

junto á los ríos, y echando otras, las atan y juntan con barrotes fuertes, de manera que queda como puente. Pasan por allí los indios y sus mujeres, y son tan peligrosas, que yo querría ir mas por la de Alcántara que no por ninguna dellas; no embargante que, aunque son tan dificultosas, pasan (como ya dije) los indios y sus mujeres cargadas, y con sus hijos, si son pequeños, á cuestras, tan sin miedo como si fuesen por tierra firme. Todos los mas destos indios que viven en estas montañas eran sujetos á un señor ó cacique grande y poderoso, llamado Nutibara. Pasadas estas montañas, se allega á un muy lindo valle de campaña ó cabaña, que es tanto como decir que en él no hay montaña ninguna, sino sierras peladas muy agras y encumbradas para andar, salvo que los indios tienen sus caminos por las lomas y laderas bien desechados.

CAPITULO XI.

Del cacique Nutibara y de su señorío, y de otros caciques sujetos á la ciudad de Antiocha.

Quando en este valle entramos con el licenciado Juan de Vadillo, estaba poblado de muchas casas muy grandes de madera, la cobertura de una paja larga; todos los campos llenos de toda manera de comida de la que ellos usan. De lo superior de las sierras nascen muchos ríos y muy hermosos; sus riberas estaban llenas de frutas de muchas maneras, y de unas palmas delgadas muy largas, espinosas; en lo alto dellas crian un racimo de una fruta que llamamos pixivaes, muy grande y de mucho provecho, porque hacen pan y vino con ella, y si cortan la palma sacan de dentro un palmito de buen tamaño, sabroso y dulce. Había muchos árboles que llamamos aguacates y muchas guabas y guayabas, muy olorosas piñas. Desta provincia era señor ó rey uno llamado Nutibara, hijo de Anunaibe, tenía un hermano que se decía Quinuchu. Era en aquel tiempo su lugarteniente en los indios montañeses que vivían en las sierras de Abibe (que ya pasamos) y en otras partes; el cual proveyó siempre á este señor de muchos puercos, pescado, aves y otras cosas que en aquellas tierras se crian; y le daban en tributo mantas y joyas de oro. Quando iba á la guerra le acompañaba mucha gente con sus armas. Las veces que salía por estos valles caminaba en unas andas engastadas en oro, y en hombros de los mas principales; tenía muchas mujeres. Junto á la puerta de su aposento, y lo mesmo en todas las casas de sus capitanes, tenían puestas muchas cabezas de sus enemigos, que ya habían comido; las cuales tenían allí como en señal de triunfo. Todos los naturales desta region comen carne humana, y no se perdonan en este caso; porque en tomándose unos á otros (como no sean naturales de un propio pueblo) se comen. Hay muchas y muy grandes sepulturas, y que no deben ser poco ricas. Tenían primero una grande casa ó templo dedicado al demonio; los horcones y madera vi yo por mis propios ojos. Al tiempo que el capitán Francisco César entró en aquel valle le llevaron los indios naturales dél á aquesta casa ó templo, creyendo que, siendo tan pocos cristianos los que con él venían, fácilmente y con poco trabajo los matarian. Y así, salieron de guerra mas de veinte mil indios con gran tropel y con mayor ruido;

mas, aunque los cristianos no eran mas de treinta y nueve y trece caballos, se mostraron tan valerosos y valientes, que los indios huyeron; después de haber durado la batalla buen espacio de tiempo, quedando el campo por los cristianos; adonde ciertamente César se mostró ser digno de tener tal nombre. Los que escribieren de Cartagena tienen harta que decir deste capitán; lo que yo toco no lo hago por mas que por ser necesario para claridad de mi obra. Y si los españoles que entraron con César en este valle fueran muchos, cierto quedaran todos ricos y sacaran mucho oro, que después los indios sacaron por consejo del diablo, que de nuestra venida les avisó, segun ellos propios afirman y dicen. Antes que los indios diesen la batalla al capitán César le llevaron á aquesta casa que digo, la cual tenían (segun ellos dicen) para reverenciar al diablo; y cavando en cierta parte hallaron una bóveda muy bien labrada, la boca al nascimiento del sol; en la cual estaban muchas ollas llenas de joyas de oro muy fino, porque era todo lo mas de veinte y veinte y un quilate, que montó mas de cuarenta mil ducados. Dijéronle que adelante estaba otra casa donde había otra sepultura como aquella, que tenía mayor tesoro; sin lo cual, le afirmaban mas que en el valle hallaría otras mayores y mas ricas, aunque la que le decían lo era mucho. Quando después entramos con Vadillo hallamos algunas destas sepulturas sacadas, y la casa ó templo quemada. Una india que era de un Baptista Zimbron me dijo á mí que después que César se volvió á Cartagena se juntaron todos los principales y señores destos valles, y hechos sus sacrificios y ceremonias, les apareció el diablo (que en su lengua se llama *Guaca*) en figura de tigre, muy fiero, y que les dijo cómo aquellos cristianos habían venido de la otra parte del mar, y que presto habían de volver otros muchos como ellos, y habían de ocupar y procurar de señorear la tierra; por tanto, que se aparejasen de armas para les dar guerra. El cual, como esto les hobiese hablado, desapareció; y que luego comenzaron de aderezarse, sacando primero grande suma de tesoros de muchas sepulturas.

CAPITULO XII.

De las costumbres destos indios, y de las armas que usan y de las ceremonias que tienen, y quién fué el fundador de la ciudad de Antiocha.

La gente destos valles es valiente para entre ellos, y así cuentan que eran muy temidos de los comarcanos. Los hombres andan desnudos y descalzos, y no traen sino unos maures angostos, con que se cubren las partes vergonzosas, asidos con un cordel, que traen atado por la cintura. Préciáanse de tener los cabellos muy largos; las armas con que pelean son dardos y lanzas largas, de la palma negra que arriba dije; tiraderas, hondas, y unos bastones largos, como espadas de á dos manos, á quien llaman macanas. Las mujeres andan vestidas de la cintura abajo con mantas de algodón muy pintadas y galanas. Los señores cuando se casan hacen una manera de sacrificio á su dios, y juntándose en una casa grande, donde ya están las mujeres mas hermosas, toman por mujer la que quieren, y el hijo desta es el heredero, y si no tiene el señor hijo, hereda el

hijo de su hermana. Confinan estas gentes con una provincia que está junto á ella, que se llama Tatabe, de muy gran poblacion de indios muy ricos y guerreros. Sus costumbres conforman con estos sus comarcanos. Tienen armadas sus casas sobre árboles muy crecidos, hechas de muchos horcones altos y muy gruesos, y tiene cada una mas de docientos dellos; la varazon es de no menos grandeza; la cobija que tienen estas tan grandes casas es hojas de palma. En cada una dellas viven muchos moradores con sus mujeres y hijos. Extiéndense estas naciones hasta la mar del Sur, la via del poniente. Por el oriente confinan con el gran rio del Darien. Todas estas comarcas son montañas muy bravas y muy temerosas. Cerca de aquí dicen que está aquella grandeza y riqueza del Dabaybe, tan mentada en la Tierra-Firme. Por otra parte deste valle, donde es señor Nutibara, tiene por vecinos otros indios, que están poblados en unos valles que se llaman de Nore, muy fértiles y abundantes. En uno dellos está agora asentada la ciudad de Antiocha. Antiguamente había gran poblado en estos valles, segun nos lo dan á entender sus edificios y sepulturas, que tiene muchas y muy de ver, por ser tan grandes, que parecen pequeños cerros. Estos, aunque son de la misma lengua y traje de los del Guaca, siempre tuvieron grandes pendencias y guerras; en tanta manera, que unos y otros vinieron en gran disminucion, porque todos los que se tomaban en la guerra los comían y ponían las cabezas á las puertas de sus casas. Andan desnudos estos, como los demás; los señores y principales algunas veces se cubren con una gran manta pintada, de algodón. Las mujeres andan cubiertas con otras pequeñas mantas de lo mismo. Quiero, antes que pase adelante, decir aquí una cosa bien extraña y de grande admiracion. La segunda vez que volvimos por aquellos valles, quando la ciudad de Antiocha fué poblada en las sierras que están por encima dellos, oí decir que los señores ó caciques destos valles de Nore buscaban de las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podían, las cuales traídas á sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias; y si se empañaban dellos, los hijos que nacen los criaban con mucho regalo hasta que habían doce ó trece años, y desta edad, estando bien gordos, los comían con gran sabor, sin mirar que eran su sustancia y carne propia; y desta manera tenían mujeres para solamente engendrar hijos en ellas, para después comer; pecado mayor que todos los que ellos hacen. Y háceme tener por cierto lo que digo, ver lo que pasó á uno destos principales con el licenciado Juan de Vadillo, que en este año está en España, y si le preguntan lo que yo escribo, dirá ser verdad; y es, que la primera vez que entraron cristianos españoles en estos valles, que fuimos yo y mis compañeros, vino de paz un señorete que había por nombre Nabonuco, y traía consigo tres mujeres; y viniendo la noche, las dos dellas se echaron á la larga encima de un tapete ó estera, y la otra atravesada para servir de almohada; y el indio se echó encima de los cuerpos dellas muy tendido, y tomó de la mano otra mujer hermosa que quedaba atrás con otra gente suya que luego vino. Y como el licenciado Juan de Vadillo le viese de aquella suerte, preguntóle que para qué ha-

bia traído aquella mujer que tenía de la mano; y mirándolo al rastro el indio, respondió mansamente que para comerla, y que si él no hubiera venido, lo hubiera ya hecho. Vadillo, oído esto, mostrando espantarse, le dijo: «Pues ¿cómo, siendo tu mujer, la has de comer?» El Cacique, alzando la voz, tornó á responder, diciendo: «Mira, mira, y aun al hijo que pariere tengo tambien de comer.» Esto que he dicho pasó en el valle de Nore y en el de Guaca, que es el que dije quedar atrás. Oí decir á este licenciado Vadillo algunas veces cómo supo por dicho de algunos indios viejos, por las lenguas que traíamos, que quando los naturales dél iban á la guerra, á los indios que prendían en ella hacían sus esclavos, á los cuales casaban con sus parientas y vecinas, y los hijos que habían en ellas aquellos esclavos, los comían; y que después que los mismos esclavos eran muy viejos y sin potencia para engendrar, los comían tambien á ellos. Y á la verdad, como estos indios no tenían fe, ni conocían al demonio, que tales pecados les hacía hacer, cuán malo y perverso era, no me espanto dello, porque hacer esto, mas lo tenían ellos por valentía que por pecado. Con estas muertes de tanta gente, hallábamos nosotros, quando descubrimos aquellas regiones, tanta cantidad de cabezas de indios á las puertas de las casas de los principales, que parecía que en cada una dellas había habido carnicería de hombres. Quando se mueren los principales señores destos valles, lloranlos muchos días arreo, y tresquilan sus mujeres, y mátanse las mas queridas, y hacen una sepultura tan grande como un pequeño cerro, la puerta della hácia el nascimiento del sol. Dentro de aquella tan gran sepultura hacen una bóveda mayor de lo que era menester, muy enlosada, y allí meten al difunto lleno de mantas, y con el oro y armas que tenía; sin lo cual después que con su vino, hecho de maíz ó de otras raíces, han embeodado á las mas hermosas de sus mujeres y algunos muchachos sirvientes, los metían vivos en aquella bóveda, y allí los dejaban para que el señor abajase mas acompañado á los infiernos. Esta ciudad de Antiocha está fundada y asentada en un valle destos que digo, el cual está entre los famosos y nombrados y muy riquísimos ríos del Darien y de Santa Marta, porque estos valles están en medio de ambas cordilleras. El asiento de la ciudad es muy bueno y de grandes llanos, junto á un pequeño rio. Está la ciudad mas allegada al norte que ninguna de las del reino del Perú. Corren junto á ella otros ríos, muchos y muy buenos, que nascen de las cordilleras que están á los lados, y muchas fuentes manantiales de muy clara y sabrosa agua; los ríos, todos los mas llevan oro en gran cantidad y muy fino, y están pobladas sus riberas de muchas arboledas de frutas de muchas maneras; á toda parte cercada de grandes provincias de indios muy ricos de oro, porque todos lo cogen en sus propios pueblos. La contratacion que tienen es mucha. Usan de romanas pequeñas, y de pesos para pesar el oro. Son todos grandes carniceros de comer carne humana. En tomándose unos á otros no se perdonan. Un dia vi yo en Antiocha, quando le poblamos, en unas sierras donde el capitán Jorge Robledo la fundó (que después, por mandado del capitán Juan Cabrera, se pasó donde agora

está), que estando en un maizal, vi junto á mí cuatro indios, y arremetieron á un indio que entonces llegó allí, y con las macanas le mataron; y á las voces que yo di lo dejaron, llevándole las piernas; sin lo cual, estando aun el pobre indio vivo, le bebían la sangre y le comían á bocados sus entrañas. No tienen flechas, ni usan mas armas de las que he dicho arriba. Casa de adoracion ó templo no se les ha visto mas de aquella que en el Guaca quemaron. Hablan todos en general con el demonio, y en cada pueblo hay dos ó tres indios antiguos y diestros en maldades que hablan con él; y estos dan las respuestas y denuncian lo que el demonio les dice que ha de ser. La inmortalidad del ánima no la alcanzan enteramente. El agua y todo lo que la tierra produce lo echan á naturaleza, aunque bien alcanzan que hay Hacedor; mas su creencia es falsa, como diré adelante. Esta ciudad de Antiocha pobló y fundó el capitán Jorge Robledo en nombre de su majestad el emperador don Carlos, rey de España y de estas Indias, nuestro señor, y con poder del adelantado don Sebastian de Belalcázar, su gobernador, y capitán general de la provincia de Popayan, año del nacimiento de nuestro Señor de 1541 años. Esta ciudad está en siete grados de la Equinocial, á la parte del norte.

CAPITULO XIII.

De la descripción de la provincia de Popayan, y la causa por que los indios della son tan indómitos, y los del Perú son tan domésticos.

Porque los capitanes del Perú poblaron y descubrieron esta provincia de Popayan, la porné con la misma tierra del Perú, haciéndola toda una; mas no la apropiaré á ella, porque es muy diferente la gente, la disposición de la tierra y todo lo demás della; por lo cual será necesario que desde el Quito (que es donde verdaderamente comienza lo que llamamos Perú) ponga la traza de todo y el sitio della; y desde Pasto, que es tambien donde por aquella parte comienza esta provincia, y se acaba en Antiocha. Digo pues que esta provincia se llamó de Popayan por causa de la ciudad de Popayan, que en ella está poblada. Tendrá de longitud docientas leguas, poco mas ó menos, y de latitud treinta y cuarenta, y á partes mas y á cabos menos. Por la una parte tiene la costa de la mar del Sur y unas montañas altísimas muy ásperas, que van de luengo della al oriente. Por la otra parte corre la larga cordillera de los Andes, y de entrambas cordilleras nascen muchos ríos, y algunos muy grandes, de los cuales se hacen anchos valles; por el uno dellos, que es el mayor de todas estas partes del Perú, corre el gran río de Santa Marta. Inclúyese en esta gobernacion la villa de Pasto, la ciudad de Popayan, la villa de Timana, que está pasada la cordillera de los Andes, la ciudad de Cali, que está cerca del puerto de la Buena ventura, la villa de Ancerma, la ciudad de Cartago, la villa de Arma, ciudad de Antiocha, y otras que se habrán poblado después que yo salí della. En esta provincia hay unos pueblos frios y otros calientes, unos sitios sanos y otros enfermos, en una parte llueve mucho y en otra poco, en una tierra comen los indios carne humana y en otras no la comen. Por una parte tiene por vecino al nuevo

reino de Granada, que está pasados los montes de los Andes; por otra parte al reino del Perú, que comienza del largo della al oriente. Al poniente confina con la gobernacion del río de San Juan, al norte con la de Cartagena. Muchos se espantan cómo estos indios, teniendo muchos dellos sus pueblos en partes dispuestas para conquistarlos, y que en toda la gobernacion (dejando la villa de Pasto) no hace frio demasiado ni calor, ni deja de haber otras cosas convenientes para la conquista, cómo han salido tan indómitos y porfiados; y los del Perú, estando sus valles entre montañas y sierras de nieve y muchos riosos y ríos, y mas gentes en número que los de acá, y grandes despoblados, cómo sirven y han sido y son tan sujetos y domables. A lo cual diré que todos los indios sujetos á la gobernacion de Popayan han sido siempre, y lo son, belietrias. No hubo entre ellos señores que se liciesen temer. Son flojos, perezosos, y sobre todo, aborrescen el servir y estar sujetos; que es causa bastante para que recelassen de estar debajo de gente extraña y en su servicio. Mas esto no fuera parte para que ellos salieran con su intencion; porque, costreñidos de necesidad, licieran lo que otros hacen. Mas hay otra causa muy mayor; la cual es, que todas estas provincias y regiones son muy fértiles, y á una parte y á otra hay grandes espesuras de montañas, de cañaverales y de otras malezas. Y como los españoles los aprietan, queman las casas en que moran, que son de madera y paja, y vanse una legua de allí ó dos ó lo que quieren; y en tres ó cuatro dias hacen una casa, y en otros tantos siembran la cantidad de maíz que quieren, y lo cogen dentro de cuatro meses. Y si allí tambien los van á buscar, dejado aquel sitio, van adelante ó vuelven atrás, y adonde quiera que van ó están hallan qué comer y tierra fértil y aparejada y dispuesta para darles fruto; y por esto sirven cuando quieren y es en su mano la guerra ó la paz, y nunca les falta de comer. Los del Perú sirven bien y son domables, porque tienen mas razon que estos y porque todos fueron sujetados por los reyes ingas, á los cuales dieron tributo, sirviéndolos siempre, y con aquella condicion nascian; y si no lo querian hacer, la necesidad les constreñía á ello; porque la tierra del Perú toda es despoblada, llena de montañas y sierras y campos nevados. Y si se salian de sus pueblos y valles á estos desiertos no podían vivir, ni la tierra da fruto ni hay otro lugar que lo dé que los mismos valles y provincias suyas; de manera que por no morir, sin ninguno poder vivir, han de servir y no desamparar sus tierras; que es bastante causa y buena razon para declarar la duda susodicha. Pues pasando adelante, quiero dar noticia particularmente de las provincias desta gobernacion y de las ciudades de españoles que en ella están pobladas, y quién fueron los fundadores. Digo pues que desta ciudad de Antiocha tenemos dos caminos: uno para ir á la villa de Ancerma, otro para ir á la ciudad de Cartago; y antes que diga lo que se contiene en el que va á Cartago y Arma, diré lo tocante á la villa de Ancerma, y luego volveré á hacer lo mismo destotro.

CAPITULO XIV.

En que se contiene el camino que hay desde la ciudad de Antiocha á la villa de Ancerma, y qué tanto hay de una parte á otra, y de las tierras y regiones que en este camino hay.

Saliendo de la ciudad de Antiocha, y caminando hácia la villa de Ancerma, verse ha aquel nombrado y rico cerro de Buritica, que tanta multitud de oro ha salido dél en el tiempo pasado. El camino que hay de Antiocha á la villa de Ancerma son setenta leguas; es el camino muy fragoso, de muy grandes sierras peladas, de poca montaña. Todo ello ó lo mas está poblado de indios, y tienen las casas muy apartadas del camino. Luego que salen de Antiocha se allega á un pequeño cerro que se llama Corome, que está en unos vallecetes, donde solia haber muchos indios y poblacion; y entrados los españoles á conquistarlos, se han disminuido en grande cantidad. Tiene este pueblo muy ricas minas de oro y muchos arroyos donde lo pueden sacar. Hay pocos árboles de fruta, y maíz se da poco. Los indios son de la habla y costumbres de los que hemos pasado; de aquí se va á un asiento que está encima de un gran cerro, donde solia estar un pueblo junto de grandes casas, todas de mineros, que cogian oro por su riqueza. Los caciques comarcanos tienen allí sus casas, y les sacaban sus indios harta cantidad de oro. Y cierto se tiene que deste cerro fué la mayor parte de la riqueza que se halló en el Cenu en las grandes sepulturas que en él se sacaron; que yo vi sacar hartas y bien ricas antes que fuésemos al descubrimiento de Urute con el capitán Alonso de Cáceres. Pues volviendo á la materia: acuérdomeme cuando descubrimos este pueblo con el licenciado Juan de Vadillo, que un clérigo que iba en el armada, que se llamaba Francisco de Frias, halló en una casa ó bohío deste pueblo de Buritica una totuma, que es á manera de una albornía grande, llena de tierra, y se apartaban los granos de oro de entre ella muy espesos y grandes; vimos tambien allí los nascimientos y minas donde lo cogian, y las macanas ó coas con que lo labraban. Cuando el capitán Jorge Robledo pobló esta ciudad de Antiocha fué á ver estos nascimientos, y lavaron una batea de tierra, y salió cantidad de una cosa muy menuda. Un minero afirmaba que era oro, otro decia que no, sino lo que llamamos margajita; y como íbamos de camino, no se miró mas en ello. Entrados los españoles en este pueblo, lo quemaron los indios, y nunca han querido volver mas á poblarlo. Acuérdomeme que yendo á buscar comida un soldado llamado Toribio, halló en un río una piedra tan grande como la cabeza de un hombre, toda llena de vetas de oro, que penetraban la piedra de una parte á otra, y como la vido, sela cargó en sus hombros para la traer al real; y viniendo por una sierra arriba, encontró con un perrillo pequeño de los indios, y como lo vido, arremetió á lo matar para comer, soltando la piedra de oro, la cual se volvió rodando al río, y el Toribio mató al perro, teniéndolo por de mas precio que al oro, por la hambre que tenia, que fué causa que la piedra se quedase en el río donde primero estaba. Y si se tornara en cosa que se pudiera comer, no faltara quien la volviera á buscar, porque cierto teníamos necesidad muy grande de bastimento.

En otro río vi yo á un negro del capitán Jorge Robledo de una bateada de tierra sacar dos granos de oro bien crecidos: en conclusion, si la gente fuera doméstica y bien inclinada, y no tan carnívoros de comerse unos á otros, y los capitanes y gobernadores mas piadosos, para no haberlos apocado, la tierra de aquellas comarcas muy rica es. Deste pueblo que estaba asentado en este cerro, que se llama Buritica, nasce un pequeño río; hace mucha llanada, casi á manera de valle, donde está asentada una villa de minas que ha por nombre Santa Fe, que pobló el mismo capitán Jorge Robledo, y es sufragana á la ciudad de Antiocha; por tanto, no hay qué decir della. Las minas se han hallado muy ricas junto á este pueblo, en el río grande de Santa Marta, que pasa junto á él. Cuando es verano sacan los indios y negros en las playas harta riqueza, y por tiempos sacarán mayor cantidad, porque habrá mas negros. Tambien está junto á este pueblo otra poblacion, que se llama Xundabe, de la misma nacion y costumbres de los comarcanos á ellos. Tienen muchos valles muy poblados y una cordillera de montaña en medio, que divide las unas regiones de las otras. Mas adelante está otro pueblo que se llama Caramanta, y el cacique ó señor Cauroma.

CAPITULO XV.

De las costumbres de los indios desta tierra, y de la montaña que hay para llegar á la villa de Ancerma.

La gente desta provincia es dispuesta, belicosa, diferente en la lengua á las pasadas. Tiene á todas partes este valle montañas muy bravas, y pasa un espacioso río por medio dél, y otros muchos arroyos y fuentes, donde hacen sal; cosa de admiracion y hazañosa de oír. Dellas y de otras muchas que hay en esta provincia hablaré adelante, cuando el discurso de la obra nos diere lugar. Una laguna pequeña hay en este valle, donde hacen sal muy blanca. Los señores ó caciques y sus capitanes tienen casas muy grandes, y á las puertas dellas puestas unas cañas gordas de las destas partes, que parecen pequeñas vigas; encima dellas tienen puestas muchas cabezas de sus enemigos. Cuando van á la guerra, con agudos cuchillos de pedernal, ó de unos juncos ó de cortezas ó cáscara de cañas, que tambien los hacen dellas bien agudos, cortan las cabezas á los que prenden. Y á otros dan muertes temerosas, cortándoles algunos miembros, segun su costumbre, á los cuales comen luego, poniendo las cabezas, como he dicho, en lo alto de las cañas. Entre estas cañas tienen puestas algunas tablas, donde esculpen la figura del demonio, muy fiera, de manera humana, y otros ídolos y figuras de gatos, en quien adoran. Cuando tienen necesidad de agua ó de sol para cultivar sus tierras, piden (segun dicen los mismos indios naturales) ayuda á estos sus dioses. Hablan con el demonio los que para aquella religion están señalados; y son grandes agoreros y hechiceros, y miran en prodigios y señales y guardan supersticiones, las que el demonio les manda: tanto es el poder que ha tenido sobre aquellos indios, permitiéndolo Dios nuestro Señor por sus pecados ó por otra causa que él sabe. Decían las lenguas cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo, la primera vez que los descubrimos, que el principal señor dellos, que habia por